

## 20. El pan ácimo de la Eucaristía

Pongo un ejemplo de cómo la memoria de Cristo hace gustar la vida, con algo que fue y permanece para mí como muy significativo. En febrero de 2015, dirigí los Ejercicios espirituales para sacerdotes, y participó un joven licenciado en física que, al final de estos Ejercicios, entró en el seminario de Barcelona. Pero, diez días después, el 21 de febrero de 2015, Marcos Pou Gallo murió en un accidente.

Al día siguiente del fin de los Ejercicios, y de la entrada en el seminario, Marcos me había escrito un e-mail en el que, entre otras cosas, me decía: «Sus lecciones ya están acompañándome con las primeras fatigas en el seminario. De repente las afronto con una perspectiva más positiva, hay que pedir que siga así. Como al salir de la ducha esta mañana, solo hay agua caliente 2 minutos, y mi cuarto es el polo norte. Así que he salido de la ducha a las 6:45 de la mañana con una primera reacción de enfado, pero al momento me he acordado de las "paciencias" y me ha venido esta palabra a la mente, como si el mismo Cristo me la dijese: "Pero ¿no deseabas darme la vida? ¿Y no forma parte esto de la forma que tienes de dármela?" y lo he vivido con gusto.» (12.02.2015)

¿De dónde ha venido la posibilidad, la experiencia de vivir con gusto el primer detalle desagradable de la mañana, que con frecuencia, para la gente "normal", es decir, para cada uno de nosotros, puede arruinar todo el día, poniéndonos de malhumor, haciéndonos desear caprichosamente la "venganza" con todo lo que nos saldrá al encuentro? No ha sido un esfuerzo de buena voluntad, ni una resignación doliente, sino un flash de la memoria de Cristo, educada por su familia y por su comunidad, por un trabajo sobre lo que nos dice la Iglesia (que en este caso pasaba también a través de una lección mía sobre la paciencia cristiana), pero, sobre todo, ejercitada como memoria de Cristo presente. Cristo, por tanto, no solo evocado, no solo recordado, como ejemplo de vida, sino presente allí, en aquel momento, "saliendo de la ducha", en la helada habitación. La palabra que lo llama al sentido de aquella circunstancia, Marcos siente que se la dice Jesús con un lenguaje directo, Jesús allí presente para hablarle de tú. Y ¿qué le solicita esta memoria viva de Cristo? La vocación y su libertad; su libertad deseosa de darse a Cristo, su corazón, atraído por Cristo muerto y resucitado, por Cristo que solo vence a la muerte con una vida más grande, comenzando por la "muerte" de una circunstancia desagradable que, normalmente, arruina mucho o poco la vida, la vida que uno reemprende levantándose por la mañana. La memoria de Su presencia significativa, es decir, que nos propone una verdad para nuestra vida, pone en sintonía nuestra libertad con la vocación, el deseo de nuestro corazón con la llamada a dar la vida por Cristo.

Y esto es lo que hace tomar gusto por la vida – "...y lo he vivido con gusto" –, que nos da la posibilidad de vivir cada circunstancia como un bien para nosotros y para Cristo, y, por lo tanto, para el mundo entero. El gusto de la vida es una experiencia de alegría que se nos da para compartir con Jesús presente.

En el fondo, se trata más de aceptar el ser tomados que de darnos, porque en el darnos se mezcla siempre nuestro proyecto, nunca del todo limpio del deseo de realizarnos a nosotros mismos por nosotros mismos, lo que es ilusorio, irreal, porque no somos creados por nosotros mismos. Y aquella insatisfacción que experimentamos con frecuencia con respecto a nuestra situación actual, por ejemplo, a nuestra situación en la comunidad, en la tarea que se nos ha confiado, con los hermanos o hermanas con los que debemos vivir, forma parte quizá de la purificación de nuestra libertad, de modo que se abandone como una vela al viento del proyecto de Dios. Después, Dios, su proyecto, también grande, siempre grande si es Suyo, lo realiza incluso en las cosas pequeñísimas, en las cosas que “no son”, como dice san Pablo de los miembros de la comunidad cristiana (cfr. 1 Cor 1,27-29).

Este año me encontré con el P. Ibrahim de Alepo, franciscano, que me impresionó con su dulzura, paz y alegría. Decía que cuando en Alepo no tenían ya qué comer, ni electricidad, ni agua, y caían las bombas, comprendieron que la única solución era abandonarse a Dios, y desde entonces su vida ha sido siempre un milagro. Esto debe acontecer en cada uno de nosotros, y no tenemos que contentarnos con menos que esto, sino con *esto*, no de un algo más que es solo un añadido o multiplicación de lo que tenemos o proyectamos. Ciertamente, es bueno desear toda una vida plena e interesante, pero nuestro error es desearla como una fermentación de enzimas que ya están en nosotros, en lugar de un don del Espíritu que desciende sobre la ofrenda de nuestro abandono.

Quizá es por esto que para la Eucaristía se necesita pan ácimo... Cuando pienso en ello, me doy cuenta de amar todo lo que en mi vida es “ácimo”: los tiempos muertos, los largos viajes en los que estoy demasiado cansado como para trabajar, los encuentros que requieren de mí paciencia más que llenarme de satisfacción, o los encuentros anónimos que no dejan huella, la oración pobre y sencilla de los salmos, del rosario, la invocación continua del corazón, o los trabajos inútiles y escondidos, como preparar una maleta... Es como una ofrenda objetiva de la vida que el Señor nos da para preparar en nosotros y alrededor nuestro el pan ácimo al que descender él, el pan ácimo y sin gusto a transformar en Su Presencia y Caridad.

Cuando rezamos el Ángelus, deberíamos pensar siempre en la pobre cotidianidad ácima en la que la Trinidad se ha implicado totalmente con lo humano. María vivía con esta memoria de la presencia de Dios que daba gusto a cada instante, a partir de su corazón humilde.

Cristo da gusto a la vida transformándola con Su presencia, obrada por el Espíritu Santo, justamente como el pan ácimo de la Eucaristía. La madurez no está allí donde conseguimos hacer más, sino ofrecer más, ofrecernos más, ofrecer la realidad de nuestra condición humana descubriéndola como materia de Cristo que se hace realmente presente para redimir el mundo. El bautismo ya nos ha transformado así, ha convertido nuestra persona, nuestro cuerpo, nuestra vida en “materia” para permitir a Cristo hacerse presente en el mundo como Redentor. Pero es precisamente el pan ácimo el que pone en evidencia que el principio de fermentación, lo que transforma la materia es la misma Presencia divina.